

Morir dos veces

Santi y Oriol recordarían siempre aquel jueves de abril como el día en que murieron dos veces. «La segunda vez más muertos que la primera», solía añadir Oriol. La doble defunción (o cuádruple, teniendo en cuenta que expiraron dos veces cada uno) se produjo a media mañana, sin haber siquiera desayunado, en clase de «Dirección Administrativa I», la última antes de las semanas de exámenes finales. La asignatura la impartía el profesor Folch, también conocido por los alumnos como «el Caldo de Cultivo», por un chiste malísimo muy comentado entre los universitarios. El caso es que, cuando ya estaba terminando la clase, «el Caldo de Cultivo» se calló unos segundos, pensativo. Parecía que iba a despedirse y que buscaba las palabras más adecuadas, mostrando un corazón sensible que había disimulado durante todo el

curso. Pero fue una impresión fugaz, porque las palabras que pronunció no eran las de una amable despedida, sino las de una trampa homicida. Con una entonación burlona dijo a los «queridos alumnos» que, después de haber aprendido «tantas cosas útiles» para la Dirección Administrativa, estaban en condiciones de demostrarlo «en cualquier circunstancia». Por eso, el examen final no sería escrito, sino oral, con un jurado compuesto por tres profesores y... con público, delante de toda la clase.

—Estoy muerto... —murmuró Oriol, palideciendo por el espanto.

—Llama a la funeraria y encarga dos cajas —añadió Santi—. De pino, que es más barato. ¡Un examen oral! ¡Y con público! Esto es del siglo pasado... o del anterior.

Ciertamente había motivos para sentirse morir: en la facultad no se recordaba un examen oral desde hacía un montón de años. Pero aquella fue solo la primera muerte. La segunda tardó unos minutos más en llegar, los necesarios para que el

profesor acabara de definir la materia de la prueba. Cuando ya había cerrado el manual y empezaba a recoger los papeles, pareció recordar un pequeño detalle.

—¡Ah! Casi se me olvida...

Una conmoción heladora recorrió el aula. Los cuerpos de los estudiantes continuaron perdiendo calor mientras escuchaban la última indicación del profesor.

—Antes de empezar el próximo curso, en que tendrán la... suerte, el... privilegio de continuar conmigo en «Dirección Administrativa II», deberán presentar un proyecto que demuestre su dominio práctico de la teoría. —La sangre de los alumnos se congeló del todo—. Y para que aprecien mi magnanimidad, les permitiré realizar el trabajo en grupos de... dos. —Sus ojos se empequeñecían con cruel complacencia—. Y podrán entregarlo después de un larguísimo verano de tres meses. Así no se les hará tan aburrido...

Aquella condena terrorífica quedó definitivamente sentenciada cuando el profesor-verdugo anunció que el proyecto valdría el treinta por cien-

to de la nota de la asignatura del curso siguiente. Toda la clase permanecía inmóvil, como acabando de digerir la funesta noticia. La sonrisa del «Caldo de Cultivo» era de un cínico regocijo, mientras continuaba explayándose sobre el trabajo sorpresa. Consistiría en un «proyecto empresarial perfectamente desarrollado»: modelo de negocio, estructura organizativa, financiación... Y, además, debería responder a una necesidad real, que hiciera factible el negocio si algún día se llevaba a la práctica. El profesor remarcó la gran importancia de esta condición.

—Ha vuelto a matarnos... —consiguió decir Oriol con un hilo de voz—. ¡Adiós vacaciones! ¡Y adiós viaje!

—Llama a los periódicos y a la tele, y al *Libro Guinness de los récords*... —sugirió Santi—. Debemos de ser los primeros a quienes matan dos veces en tan pocos minutos...

Al acabar aquella clase nefasta, cuando el profesor Folch ya se había marchado, estalló un alboroto de conversaciones indignadas. Después, poco a poco, los alumnos fueron dispersándose por los

pasillos de la universidad, con el deseo de que aquel último día de clase no les deparara más sorpresas desagradables. Ni Santi ni Oriol podían imaginar entonces que aquel trabajo encargado a deshora tendría para ambos unas consecuencias muy distintas de las que ahora se imaginaban, en absoluto relacionadas con la Dirección Administrativa (I o II).

Se dirigieron a un bar próximo a la facultad, donde acostumbraban a tomar un café a media mañana, para lamentarse con el resto de la pandilla de su mala suerte y resucitar sus despojos cadavéricos con un buen bocadillo de jamón. Santi Oliva y Oriol Carbonero se habían conocido en la facultad: coincidían en una asignatura de tercero en la cual, con solo treinta o cuarenta alumnos, lo extraño habría sido no llegar a un mínimo de camaradería. Sin embargo, ninguno de los dos habría supuesto que una amistad tan firme pudiera nacer de modo instantáneo. El primer día se pusieron a charlar entre clase y clase, en el jardín de la facultad, y a los cinco minutos ya se habían

descubierto en total sintonía, aunque los dos chicos parecían bien distintos: Santi era bajito y charlatán, algo presumido, siempre engominado y elegante, con una clara inclinación por la ropa de marca; Oriol, más alto y desgarrado, era bondadoso y reservado, con un aire melancólico en los ojos, y llevaba una ropa que Santi acostumbraba a calificar de «boscosa», por la combinación de marrones y verdes y la irregularidad vegetal del conjunto. A pesar de parecerse como un huevo a una castaña, descubrieron con sorpresa que compartían una misma visión del mundo. Bueno, concretamente, del mundo que en aquel momento les caía más a mano: la vida académica, en general; y la actualidad futbolística, en particular.

La desdichada lección del «Caldo de Cultivo» representó el término de las clases de aquel curso, y los dos amigos empezaron a quedar para estudiar los exámenes próximos. Primero, en la biblioteca de la facultad. Pero pronto buscaron otras posibilidades: allí coincidían con demasiados conocidos, y el bar, cada mañana, los imantaba con más fuerza

de la deseable. Cambiaron unas cuantas veces de biblioteca, pero tampoco resultó una buena solución: se distraían con tanta cara nueva, y en los alrededores había bares igual de tentadores. Finalmente, decidieron estudiar en casa de Santi, una opción bastante sensata por las condiciones de espacio y tranquilidad que les ofrecía.

El primer día que Oriol fue a casa de Santi se llevó unas cuantas sorpresas. Llegaron a media mañana, después de hacer unas fotocopias en la universidad. La señora Oliva estaba en la cocina.

—Hola, mamá. —Un beso discreto—. Venimos a estudiar.

—¿Estudiar? Hijo, ¿no estarás enfermo, verdad?

—¡Venga ya, mamá! Cómo te pasas.

—¿Y tu amigo? —dijo señalando a Oriol—. ¿Te va enseñar cómo se hace? Las primeras veces, dicen, siempre es mejor tener un guía...

Oriol captó enseguida el humor socarrón de la madre de Santi y se apuntó a la fiesta.

—No se preocupe, que estará en buenas manos. Soy experto en casos difíciles.

Santi, algo molesto por aquella sintonía instantánea en su contra, cortó el comentario.

—Este es Oriol, mamá. Es un amigo de clase. Bueno... ¡hasta hoy, lo era!

—Hola, Oriol. A ver si es verdad que venís a estudiar, o... —Y lo amenazó con la cuchara de madera con que removía un sofrito.

—Espero que sí, señora Oliva.

—Uy, deja eso de señora, ya puedes llamarme Rosa. Te quedarás a comer, ¿eh? Hoy hay macarrones, los hago muy ricos.

—Oh, yo... no...

—Habíamos pensado en ir... —empezó a decir Santi.

—Pues no penséis tanto, que os podéis lesionar —cortó su madre—. Si de verdad queréis estudiar, perderéis el tiempo comiendo por ahí. ¡El tiempo y el dinero! Con menos gasto cogeréis más fuerzas para continuar por la tarde. O sea, que te quedarás a comer, ¿eh, Oriol?

—Vale, sí... tiene razón, la verdad —dijo Oriol con una sonrisa, vencido por aquella argumentación tan contundente e inapelable.

—Papá no vendrá hoy, tiene trabajo en Tarragona. Quique está en la escuela. Solo estaremos Anna y nosotros tres.

—Anna es mi hermana —aclaró Santi, mientras salían de la cocina—. La que estudia psicología.

Fueron a la habitación de Santi. Antes de desplegar libros y apuntes, Oriol examinó el dormitorio con curiosidad. Había una litera a un lado, un gran armario empotrado al fondo y una mesa bastante larga que recorría la pared contraria, bajo la ventana, con buena iluminación y espacio suficiente para ambos. La habitación estaba decorada con láminas de aviones de todas las épocas y estilos: reactores de pasajeros, biplanos, triplanos de los primeros tiempos de la aviación, hidroaviones... En un estante se acumulaban pequeñas maquetas de aeroplanos, de esas que se montan con cola. Sobre todo había aviones militares de la Segunda Guerra Mundial. Oriol cogió uno para observarlo detenidamente.

—Eh... esto es de mi hermano pequeño Quique —dijo Santi, como justificándose—. Le gustan los aviones, ¿sabes?

—Pues está muy bien hecho —aseguró Oriol—. ¡Qué habilidad!

—Los pósteres también son suyos. Un poco friqui, ya ves. Le puedes preguntar lo que quieras de la RAF y de la Luftwaffe.

Oriol se dirigió a otra estantería, repleta de guerreros en miniatura, pintados a mano. Cogió con delicadeza una especie de luchador tremendamente musculoso, cubierto con armadura y que blandía una espada aterradora.

—Estos son obra mía —señaló Santi—. Yo también pinto... eh... pintaba. Cuando era pequeño, ¿sabes? —sonaba poco convincente, pero Oriol no hizo mucho caso.

—Ah... Qué cosas...

Acabada la inspección de la habitación se pusieron a estudiar. Y estudiaron mucho, hasta el punto de que Rosa los tuvo que avisar dos veces para comer.

—¡Santi! ¡Oriol! Chicos, estamos en la mesa...

Los dos estudiantes se lavaron las manos y fueron a la cocina. La madre estaba sirviendo macarrones a una chica sentada de espaldas.

—Pues sí que os hacéis de rogar —dijo la madre—. A lo mejor estudiáis hasta demasiado... Anna, ¿no quieres más, hija?

—No, mamá, ¡basta! La pasta engorda —protestó la chica.

Mientras se sentaba, Santi comentó:

—La pasta, y el donut que te has tomado esta mañana para desayunar, y la Coca Cola que ahora tienes en el vaso y...

—Santi, déjala tranquila —intervino Rosa—. A ver si también vais a discutir cuando hay invitados...

Oriol se había quedado plantado a la entrada de la cocina, sin decidirse a entrar. Tenía la mirada perdida entre el umbral de la habitación y la nuca de la chica. La señora Oliva le indicó una silla a su lado.

—¿Es que quieres comer ahí en la puerta? Pasa, pasa, Oriol, siéntate.

No muy convencido, Oriol entró en la cocina y se sentó a la mesa, delante de Anna.

—Este es Oriol, Anna —lo presentó la madre—. Un amigo de Santi que ha venido a estudiar.

—¿A estudiar? —exclamó la chica con sorpresa exagerada—. ¿Desde cuándo estudia Santi?

—No empieces tú ahora —cortó Rosa.

Ajeno a estos comentarios, Santi atacaba con decisión su plato de macarrones. La señora Oliva había dicho la verdad, como muy pronto pudo comprobar Oriol: realmente los hacía muy ricos. Esto equilibró la comida, compensando los comentarios ácidos entre los dos hermanos, que parecían habituales en la mesa de los Oliva. La madre intentaba sacar temas de conversación sin mucho éxito, así que las pausas para masticar constituían los pocos momentos de paz. A la precariedad del diálogo se sumaba otro hecho curioso: las escasas veces en que Oriol intervenía se dirigía a Santi o a su madre, sin saber muy bien qué decir ni cómo mirar a la chica que tenía delante. Para ser justos, ella no le hacía ningún caso. Menuda, con los ojos vivarachos y una graciosa nariz, ligeramente respingona, llevaba el pelo negro recogido en una coleta. Era bonita: puede que demasiado bonita para que Oriol pudiera comer con tranquilidad. Eso sí, era de palabra rápida y tenía la lengua afilada.

Finalmente, y a duras penas, la primera comida de Oriol en casa de los Oliva se acabó, y los dos amigos volvieron a estudiar a la habitación de Santi.

—¿Siempre te ocurre lo mismo cuando vas a casa de alguien a comer? —preguntó Santi.

—¿Eh? ¿El qué? —Oriol parecía salir de un estado hipnótico.

—¿El qué? ¡No has atado dos frases seguidas en toda la comida! —exclamó Santi—. Cada vez que mi madre te preguntaba algo, decías «tus macarrones son muy buenos, Rosa». Debe de creer que eres tonto de capirote. Y Anna... ¡buf! ¡A saber qué mote te adjudica!

—¿Mote? ¿Pero qué dices? —Oriol recordaba a alguien que despierta de una anestesia general.

—Sí —continuó Santi—. Mi hermana pone apodos a la gente, sobrenombres... Practica una especie de psicología aplicada: el profesor flemático, el vecino reprimido, la tía psicótica... Con tu patética actuación en la comida, supongo que serás «aquel bobo amorfo» o «el amigo idiota de Santi»...

—¡Caray!, no puede ser... —Oriol parecía asustado—. Exageras, ¿no?

—Ya te contaré... —Suspiró—. Ya te contaré...

Con unas horas más de estudio acabó la primera visita de Oriol a casa de Santi. Desde aquel día, hubo muchas más. Afortunadamente, las siguientes veces que se quedó a comer o a cenar, las conversaciones en la mesa discurrieron de una forma más normal. Oriol pudo comprobar que la presencia de Quique y del padre de Santi apaciguaba bastante la dialéctica agresiva de los dos hermanos. El señor Oliva y su hijo adolescente mostraban la misma agudeza y agilidad en la conversación que los chicos mayores, pero su humor era mucho más amable: socarrón el del padre, juguetón el de Quique.

Alguna vez probaron a estudiar en casa de Oriol, pero no resultó buena idea. Vivía con sus padres en un piso pequeño. La madre nunca había trabajado fuera de casa, y el padre estaba prejubilado por una enfermedad; pasaban muchas horas sin salir a la calle, sentados en el comedor, donde

tenían puesta la tele o la radio. En la habitación de Oriol, que era hijo único, no había mesa para los dos jóvenes. Allí resultaba más difícil estudiar.

De cualquier modo, trabajaron de lo lindo. Parecía lógico que al llegar los exámenes, los afrontaran con ganas de liquidarlos pronto y con la esperanza de unas buenas y merecidas notas. Pero la perspectiva del examen oral del «Caldo de Cultivo» les angustiaba más de lo normal. Por si fuera poco, la brillante idea del trabajo había derrumbado sus planes para el verano. Los dos amigos habían acordado que, cuando terminaran los últimos exámenes, emprenderían un viaje en tren hasta Polonia, cruzando toda Europa. Ahora resultaba inevitable cambiar de idea: ¿cómo podían hacer aquel viaje con un trabajo tan abrumador en perspectiva? Estudiaron algunas alternativas, pero con muy poco entusiasmo: ¿qué clase de vacaciones podían organizar mientras pensaban un «proyecto empresarial perfectamente desarrollado»? La opción más sencilla era pasar unas vacaciones en La Arboleda, el pueblo donde veraneaban los Oliva, pero no lo veían tan atractivo como ir hasta

Polonia, claro. Santi y Oriol se encontraban lejos de imaginar que aquel maldito trabajo sería solo el punto de partida de una historia mucho más emocionante y azarosa. Puede que incluso en exceso... No podían ni sospechar que durante aquel final de curso, en un país lejano, alguien compraba planos y mapas por Internet.

En el Instituto Cartográfico de Cataluña, mientras preparaban los paquetes para el envío al extranjero, comentaban que nunca habían facilitado tantos mapas, a escala tan detallada, de La Arboleda y su comarca.